

Un dolmen en Rentería

FICHA TECNICA

MONUMENTO: DOLMEN

NOMBRE: AITZETA'KO TXABALA

DENUNCIADO POR: JESUS ELOSEGUI Y ADOLFO LEIBAR

FECHA: 3-2-1962.

SITUACION: En el término municipal de Rentería. Se halla a unos 210 mts. s.n.m. Coordenadas geográficamente en la hoja n.º 64 —San Sebastián— del mapa al 1:50.000 del Inst. G. y C.: longitud 1º 46,13"; latitud 43º 17'30".

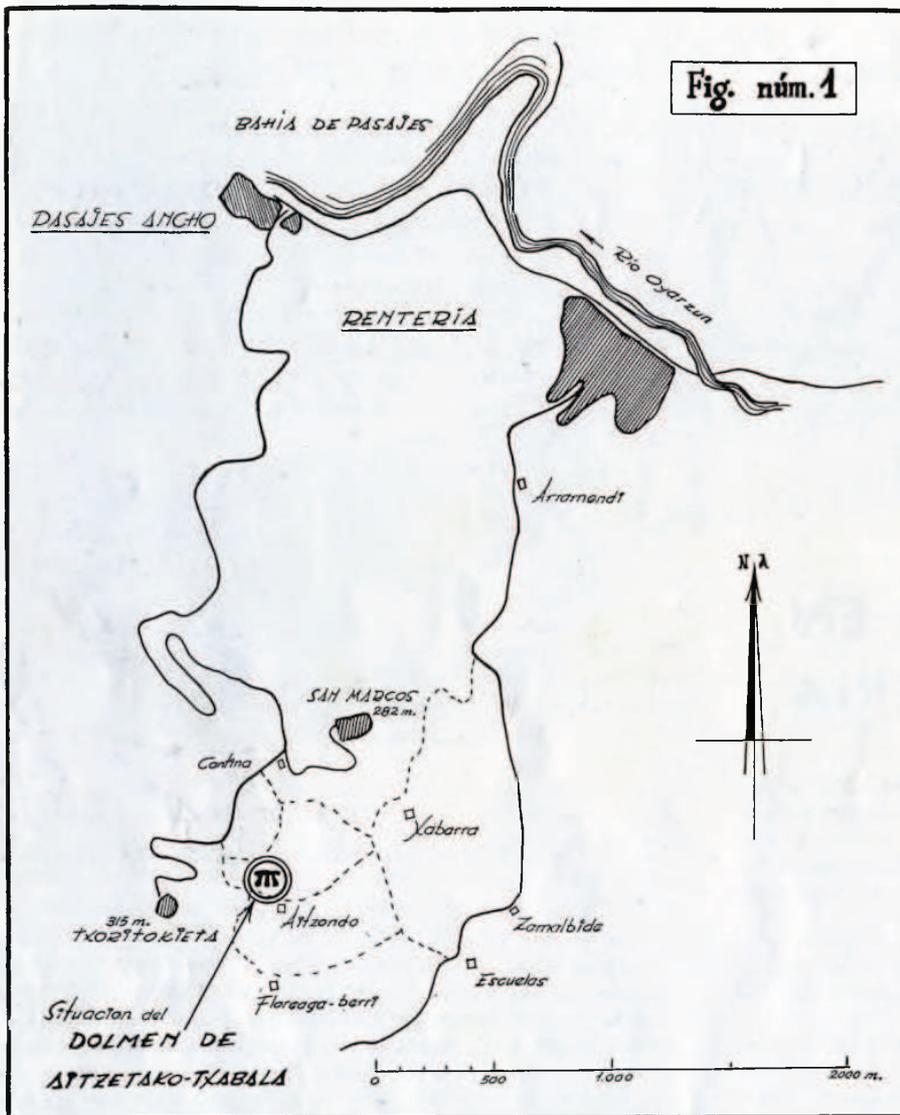


Fig. n.º 1

En la figura n.º 1 señalamos la situación del monumento. Se halla implantado en un pequeño cordal divisorio de dos reducidas cuencas cerradas que se hallan al E. y S., respectivamente, de los montes Txoritokieta (315 mts.) y San Marcos (282 mts.). A unos 120 mts. al SE. del dolmen se halla el caserío Aitzondo. La cumbre de Txoritokieta se halla a unos 400 mts. al poniente. En el mencionado cordal de abundante pedriza, existe un recinto cercado con un trenzado de ramas que viene siendo utilizado como redil. Dentro del recinto destaca netamente el prominente galgal, que tiene unos 10/12 mts. de diámetro y 0,80 mts. de elevación. Rodean el conjunto una joven plantación de fresnos, hayas y robles americanos y varios pies de argoma. Abunda el helecho que, en verano, junto con la vegetación arbórea mencionada, ocultará, sin duda, el monumento, dificultando su localización.

CARACTERÍSTICAS: La cámara, es hoy de planta semi-triangular. La tapa, maciza y que buza un poco al N., tiene 1,70 mts. de longitud, 1,35 mts. de anchura y 0,25/0,30 mts. de grosor. (Figura n.º 2.) En su parte superior ostenta dos huecos, un tanto pediformes, que recuerdan al de «Amabirgiñarri», del Aralar guipuzcoano. La piedra lateral N. mide 1,60 mts. de largo y 0,90 mts. de alto; la lateral S., 1,65 mts. por 0,90 mts.; la de cierre W. 0,71 mts.; la del E. 0,50 mts. por 0,63 mts.

ORIENTACIÓN: La falta de brújula nos impidió determinar la exacta orientación de la cámara sepulcral que se sitúa entre E. y ESE.

«Lamare» señala este paraje como perteneciente al cretáceo (Albiense-Aptense). Todo el conjunto es de material calizo. No hemos efectuado cata alguna.

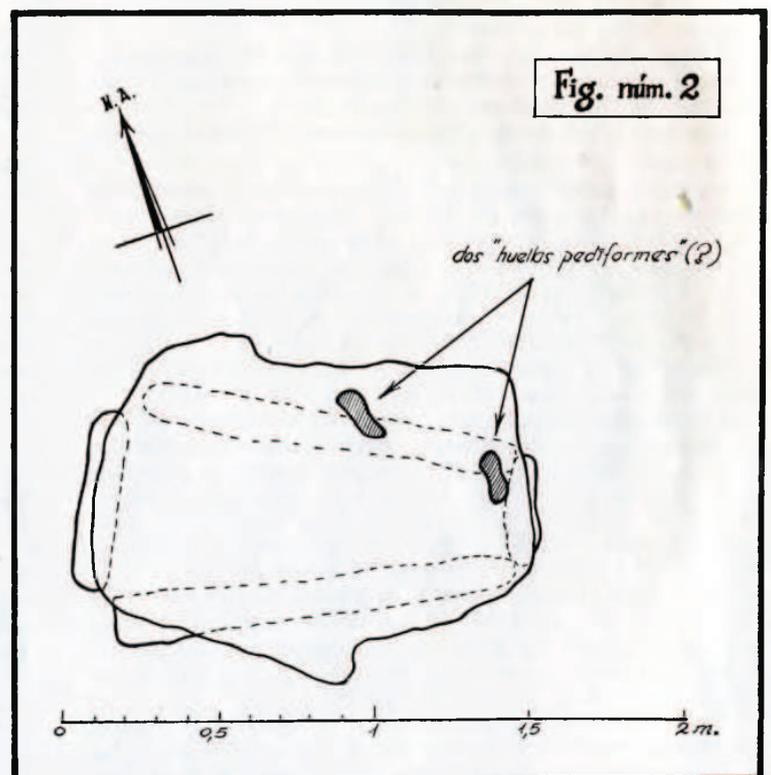


Fig. n.º 2



¡Quién iba a decir que el día 3 de febrero de 1962 se denunciaría la localización de un dolmen en el término municipal de Rentería! Fue una tarde paradójica, pues, era triste, brumosa y húmeda; apta para el reuma y la proliferación de gibel-urdiñas y onto-beltzas y que, sin embargo, nos deparó esta radiante y singular alegría: ¡la de encontrar un dolmen inédito!

Los del Urdaburu presumimos de conocer al dedillo la zona rural de nuestro municipio y, a pesar de habernos interesado en la búsqueda de monumentos prehistóricos, aparte de las cuevas de Aitzbitarte (Kuku-zulo, para los baserritarras; Landarbaso para muchos ciudadanos) no conocíamos la existencia de otras estaciones o fenómenos prehistóricos en el solar renteriano, y ni siquiera nos había pasado por la imaginación el que pudiera existir un dolmen inédito para nosotros y, mucho menos todavía, en una zona tan frecuentada, por donde tantas veces hemos pasado.

La tarde, como hemos dicho, era una de las clásicas del País: manto de niebla perleando siri-miri. El motivo por el cual caminábamos mi amigo Jesús Elósegui y yo hacia el «tonttor» de Txoritokieta, era la recopilación de datos para un posterior trabajo sobre trashumancia pastoril invernal. El considerar que en pleno siglo XX, el del átomo y la Coca-Cola, exista una forma de vida —el pastoreo de ovejas— que conserva la mayoría de las peculiaridades que tenía hace 2.000 años, es algo que, no precisamente al investigador, sino al hombre meramente curioso le seduce e invita a sumergirse en su estudio.

El tema, pues, era de pastoreo y la conversación giraba entre la trashumancia, el crómlech y el dolmen. ¿Qué enigma encierra el crómlech? Agrupaciones de crómlechs las tenemos bien cercanas en Oyarzun: la de Basate'ko kaxkua, en Oyeleku; Mairu-baratza, en Errenga; y también otra en Egi-eder. Del dolmen sabemos que servía de sepultura, pero ¿de quién? Notoria es la ilación entre el pastor y el dolmen en el País Vasco, señalada por don José Miguel de Barandiarán, y el descubrimiento de este dolmen renteriano abunda en dicho concepto, dando pie a fortalecer un poquitín más la autorizada y docta opinión de don José Miguel.

Nosotros íbamos en busca de don Juan José Artola, de

profesión «artzai», casado con una vecina del caserío Aitzondo. Nos habían informado que lo encontraríamos con su rebaño en «Aitzeta'ko txabala», lugar situado entre el caserío Aitzondo y el collado de Ondartxulo, entre los montículos de Txoritokieta y San Marcos.

Por allí merodeábamos, después de haber contemplado las dos minúsculas pero interesantes cuencas cerradas que se ubican en el lugar; la niebla dificultaba la visión, pero la falta del monótono sonar de los cencerros era lo que denunciaba de forma manifiesta la ausencia del pastor y su rebaño. Pero donde debieran hallarse estos... ¡apareció el dolmen!

Lo vislumbré entre el manto gris, y aunque desde el principio «tenía olor y hasta sabor a dolmen», ¿cómo iba a serlo si en Rentería no existen trazas siquiera? Pero, algo más cerca, dije a Jeshús: —«¡Mira: un dolmen!» Y Jeshús, con la mirada del experto que ha reconocido cientos de estos monumentos megalíticos no tardó en ratificar lo dicho: —«¡Dolmen, habemus!». Como dato histórico diremos que la alegría fue desbordante.

El dolmen, al que distinguen con el nombre de AITZETA'KO TXABALA, como es lo corriente, no estaba intacto. La esposa de Juan José Artola, el pastor, nos dijo que también le llamaban con el significativo nombre de URRE-KAJA, y son muchos 2.000 años para que un arca de oro, y a la intemperie, haya podido permanecer sin ser violentada.

¿Habrá más dólmenes en Rentería?, es la pregunta que se nos ocurre después de haber localizado este dolmen inédito. Lo cierto es que por Aitzondo y junto a Aitzeta'ko txabala, hemos pasado muchas veces.

Por todo lo que antecede, cuán interesante sería el que este feliz hallazgo reanimara el interés de los montañeros de vocación por este tipo de investigación, pues, son ellos, quienes más posibilidades tienen de localizar estos monumentos, pétreos lugares de enterramiento, cuyos materiales ciclópeos vienen a demostrar de forma evidente el profundo significado que, también para nuestros antepasados, tenía la muerte.

ADOLFO LEIBAR